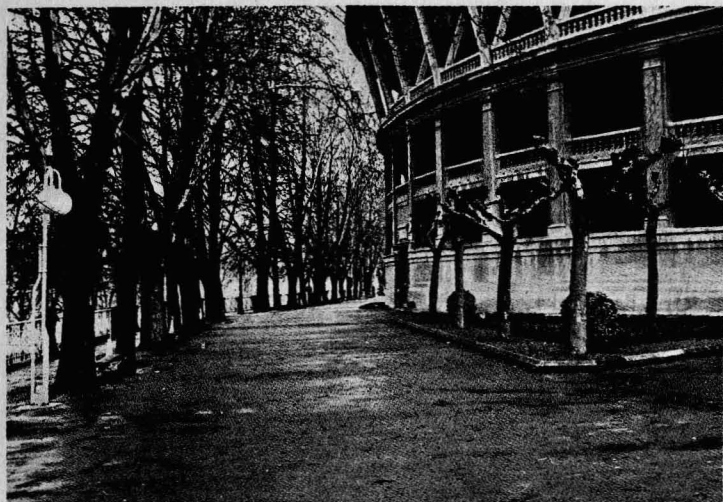

Siguiendo los pasos de Ernest Hemingway

Gastón Pardo Pérez





"Y luego nos iremos a Madrid, y de allí a Pamplona, que es lo mejor del mundo."

Así habla el protagonista de *Las nieves de Kilimanjaro*, de Ernest Hemingway. El autor siguió su propio consejo a lo largo de muchos años. De 1919 a 1959, casi ininterrumpidamente, venía a Pamplona la víspera de la Feria de San Fermín. Los recuerdos dejados en estos cuarenta años son motivo de interés en el mundo periodístico del interior y de fuera de España. Un día de primavera, exactamente diez años después de la última visita de Hemingway a Navarra nos lanzamos a seguir sus pasos en la zona antigua de Pamplona.

FIESTA, UNA LIDIA DE VAQUILLA Y UNA MISA

José María Iribarren es un miembro de la Real Academia de la Historia; es un navarro. Tiene su residencia en el Paseo de Sarasate, amplia avenida que marca una línea divisoria entre las zonas moderna y antigua de Pamplona; la diferencia de estilos arquitectónicos resulta tan evidente como en Coyoacán. Es un contraste de muchos siglos. Su casa es sobria, fría y un exceso de columnas y triángulos grabados en el mobiliario le dan a las habitaciones una inequívoca caracterización neoclásica.

El académico lleva un bigotito cano, y debajo una sonrisa recién nacida. Habla como en una cátedra. Consideró que la sala de la casa era el mejor sitio para hablar de "Ernesto", como le llamó familiarmente a lo largo de toda la conversación. Al ir a sentarnos le dijimos que nos interesaba que nos hablara de Hemingway, razón por la que apenas nos hubimos acomodado se mantuvo callado por unos segundos hasta que empezó a hablar:

—Conocí a Ernesto en 1953, en su primer viaje después de la guerra civil. Luego volvió en 1956 y en 1959. Entonces tenía ya el premio Nóbel y era asediado por el público cada vez que salía a la calle. Ese año, por encargo del Ayuntamiento de Pamplona me ocupé de organizarle un homenaje. Por cierto que el día que tuvo lugar el acontecimiento Ernesto se encontraba pescando, y sólo fue localizado después de una búsqueda de dos horas. Como no llevaba ropa adecuada y no disponía del tiempo necesario para cambiarse, se presentó al lugar de la celebración —la plaza de toros— con un pantalón de mezclilla, una camisa sin botones y la caña de pescar.

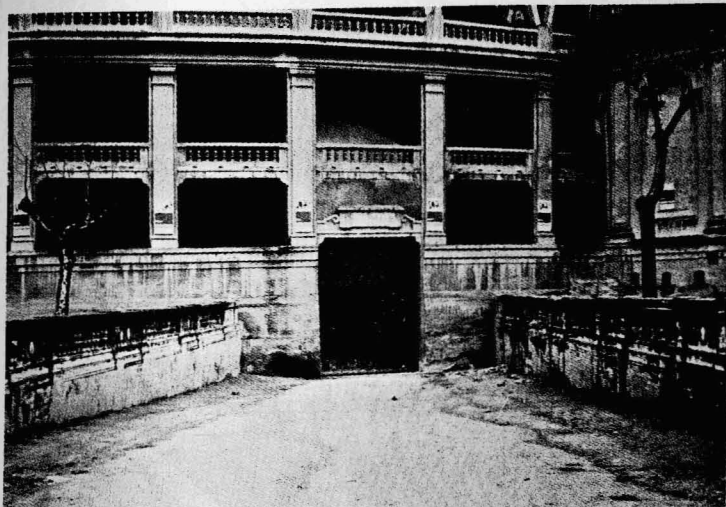
—¿Cree usted que el país vasco llegó a formar parte de la vida de Hemingway?

—El país vasco le gustaba mucho y nuestras fiestas le encantaban. Estoy seguro de que se sentía feliz en Pamplona.

En seguida el entrevistado nos relata una anécdota que nos será repetida por todas las personas que visitamos:

—Una vez, mucho tiempo atrás, Ernesto llegó a Pamplona acompañado de un corresponsal británico y de John Dos Passos. Este acababa de publicar la novela *Tres soldados*. Ya se habían iniciado las fiestas de la Feria de San Fermín. Dos Passos y el corresponsal se





pusieron a capotear en la arena de la plaza de toros una vaquilla. Se habían introducido subrepticamente, en un momento en que aún no se iniciaba la función. Repentinamente, el animal derribó al corresponsal y para evitar que fuese lastimado, Ernesto bajó al ruedo, se enfrentó a la vaquilla y la derribó tirándola por los cuernos. El corresponsal resultó con varias costillas fracturadas. Poco después acudieron los guardias civiles, pues los tres habían infringido la norma que prohíbe lidiar y derribar vaquillas en época de feria. Merced a la intervención de Juanito Quintana, amigo de Ernesto, que estaba con ellos, se pudo evitar que fuesen multados.

—¿Cuál es su opinión de *Fiesta*, libro dedicado por Hemingway a la Feria de San Fermín?

—*Fiesta* es uno de los pocos libros de Hemingway que no me agradan. La trama de la novela resulta insoportable. Las descripciones, sin embargo, son exactas. No obstante, recuerdo que hay grandes inexactitudes en lo que se refiere al folklore de la feria; pero bueno, son comprensibles en un extranjero. Como escritor, Hemingway tenía una gran claridad y una notable facilidad para expresarse sin adjetivos superfluos.

—¿Cuándo fue su último contacto con Hemingway?

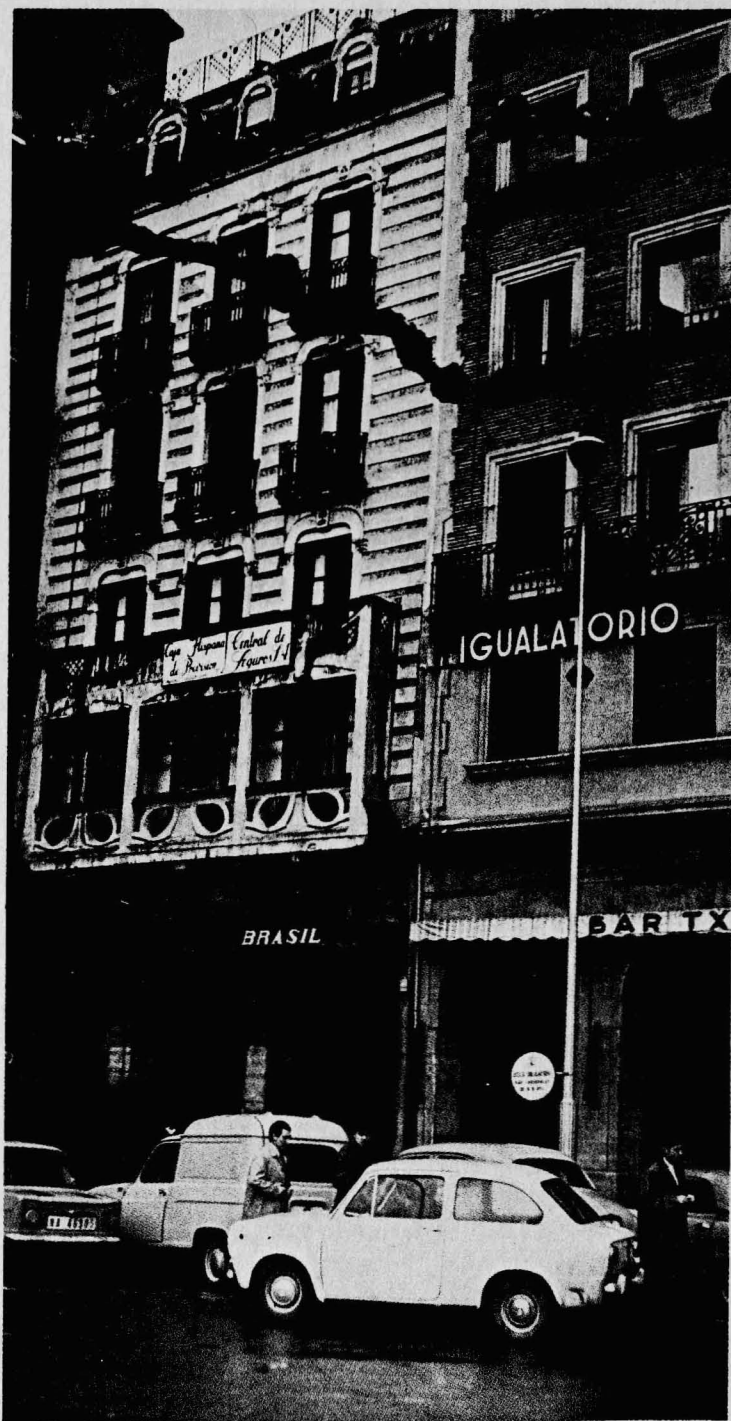
—En 1959. Aunque entonces lo ví poco. Un año después moría. En 1961 acudí al funeral promovido por Ordóñez; recé mucho por el pobre Ernest, pues yo creo que Dios le tendrá en su seno. Al final de sus días Hemingway era un enfermo mental. Lo recuerdo con simpatía, con mucha simpatía.

JUERGAS EN ESPAÑA Y FRANCIA

El personaje al que ahora nos enfrentamos se llama Juan Quintana. Es el "Montoya" del libro *Fiesta*. Hasta hace varios años fue propietario de un hotel que estaba en la plaza del Castillo, vecino del bar Txoco; ahí era donde Hemingway normalmente se hospedaba. Quintana y Hemingway eran compañeros de juerga en España. Ambos iban de feria en feria, a lo largo del territorio español, para finalizar la diversión en las tabernas de París. Nos revela que el día que Hemingway supo que era premio Nóbel, lamentó que no se le hubiese concedido a Pío Baroja, a quien admiraba profundamente.

Don Juan Quintana, "Montoya", es un hombre enfermo. Ha dejado los negocios y se ha ido a vivir a San Sebastián, la vecina capital vasca. Se sofoca con facilidad cuando habla, pero le entusiasma comunicar sus experiencias con Hemingway. Nosotros le hemos pedido que nos hable del escritor norteamericano, y empieza:

—Hemingway armaba mucho "follón" cada vez que llegaba a mi hotel. Le gustaba estar conmigo y con el torero Ordóñez, que es el protagonista de *Fiesta*. A veces llegaba acompañado de Ava Gardner. Yo le acompañaba a ver corridas de toros a cualquier sitio de España todos los veranos. Recuerdo que cuando Hemingway cumplió sesenta años fue agasajado en la finca La Consuela, en Málaga.





Asistieron un maharajá de la India y muchos artistas de cine. Fue una fiesta muy sonada. No puedo dejar de recordar que Ordóñez fomentó en su hijo la admiración por Hemingway. También recuerdo que desde muy temprano bebíamos grandes cantidades de vino en la casa de Marcelino. Hemingway comía abundantemente. Cada vez que iba a los toros se llevaba dos botellas de vino claro de Las Campanas y se las bebía.

EN EL CLUB TAURINO

Tres cabezas de toro en las paredes. Una columna forrada de picas. Pinturas taurinas. Banderillas. El presidente del club juega una partida de tute en una mesa muy pequeña. Reina la animación en el local.

—Sí, conocí a Hemingway, pero podré decirle poco. Acaso Jorge. . . Ahí, el señor que come en el rincón.

El personaje llamado Jorge comió alguna vez con el novelista. Su mirada se pierde en la confusión de la calle antes de informarnos:

—Almorzábamos en el Marcelino. El dueño, Matías Anoz, podría contarle a usted muchas cosas. Vive en la carretera de Barañain, en un chalet azul, ¿por qué no va de una vez?

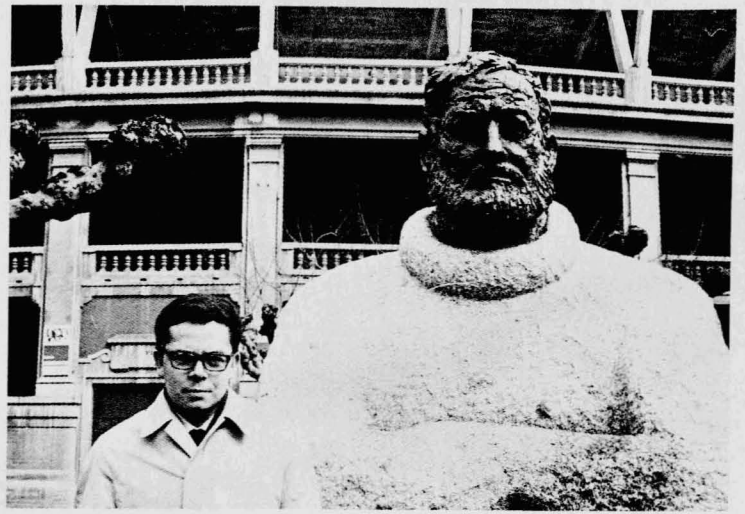
MUCHOS RECUERDOS. MUCHAS BOTELLAS DE CLARETE LAS CAMPANAS

Matías Anoz nos recibe en su despacho. Es una habitación pequeña sin entrada de aire. Sólo destaca un armario imponente, descolorido y un escritorio moderno cubierto de papeles y periódicos. Nos relata con gran alegría:

—Verás. Le conocí en mil novecientos veintitantos. Un mediodía entré en el bar y un hombre con una facha desastrosa estaba sentado a una mesa. Le dije al camarero que lo echase buenamente. “Pero si es un escritor muy famoso”, me respondió. Me acerqué y comenzamos a hablar. Comía mucho. . . mucho y de todo. Y bebía bien; era un consumidor de vino claro de Las Campanas y de grandes cantidades de whisky. Andaba siempre con pastillitas para que no le hiciese daño tanto alcohol.

Matías Anoz cierra ocasionalmete los ojos y sueña lo que dice. Sus evocaciones le producen un placer que disfruta plenamente. Nos demuestra la gran amistad que le ligó a Hemingway con viejas fotos. Aclara que las demás “se las han llevado los periodistas de todo el mundo”.

—Creo que fui uno de los mejores amigos de Hemingway hasta los años cincuenta. En la época de la guerra civil no se le miraba bien;



era un poco rojillo, y claro... después del premio Nóbel de 1954 la actitud de la gente cambió.

En una fotografía están el novelista, don Matías y un joven con un delantal blanco.

—Hemingway era ocho años menor que yo, pero parecía más viejo. Decía que tenía cáncer en la piel de la cara. Era muy díscolo y aventurero. Siempre iba a los lugares donde había lío. Hemingway fue el primero que entró en el hotel Jorge V, de París, después de ser liberada la ciudad por los aliados. Desde entonces, cada vez que le daba la gana, ya sabía que le reservaban una habitación permanentemente.

—¿Vio usted trabajar alguna vez a Hemingway en sus novelas?

—Hemingway nunca escribía en Pamplona. Sólo sacaba la pluma para firmar autógrafos. Tenía una gran memoria y prefería ir a escribir a La Habana.

UNA JORNADA DE FIESTAS

El camarero se llama Patxico. Es un vasco, huraño y tímido a las vez. Sólo nos cuenta un pequeño detalle con la mayor rapidez de que es capaz. Parece que desea que nos vayamos rápidamente

—Yo le serví muchas veces en el Josetxo. Le gustaba beber. Una cosa: nunca respondía a la primera, siempre decía primero ¿qué?

—¿Conoce usted a algún otro amigo de Hemingway?

—Un médico que venía muchas veces con él. Se llama Carlos García y vive en Carlos III.

Carlos García es un profesional que vive en un piso a unos cuantos pasos de nuestra posada. Es un hombre de edad madura. Tiene los clásicos rasgos vascos dibujados en el rostro: cara larga, nariz aguileña y muy blanco. Habla con picardía y dejó ver que fue un amigo íntimo del autor de *Fiesta*.

—Sí, fui un gran amigo de Hemingway. Le gustaba la juerga y también las mujeres guapas. No he conocido otra persona con la misma capacidad de diversión que Hemingway. Era un bruto; en una ocasión derribó una vaquilla en la plaza de toros. Él lo hizo solo, sin ayuda. Cuando se ponía a beber no había quién se mantuviera en pie tomando la misma cantidad. Yo promoví que se colocara el busto del yanqui en la entrada a su plaza de toros predilecta, cerca del paseo que ahora lleva su nombre.

Nos retiramos a reunir y ordenar las experiencias de tantos años, que hemos podido acumular en unos días. Parecía un sueño que en tan corto plazo hubiésemos podido cambiar impresiones con los hombres que verano a verano, a lo largo de cuarenta años intimaron con Ernest Hemingway en Pamplona. El paseo E. Hemingway, lugar predilecto de los escolapios cuando estudian, es un lugar singular. Desde ahí se puede admirar la zona antigua de Pamplona y entonces mecánicamente evocamos un fragmento de *Las nieves de Kilimanjaro*. "... y de allí a Pamplona, que es lo mejor del mundo".